



JOSÉ M. VIGIL.



JOSÉ MARÍA VIGIL

AT PULCHRUM EST DIGITO MONSTRARI, ET DICIER, *hic est.*—Abrimos la escena con este verso arrancado de una de las sátiras de Persio; puesto que vamos á ocuparnos de Vigil que á su turno se ocupó tambien de traducir á Persio, y con el piadoso fin de que nuestros lectores que no entiendan el idioma de Ciceron, no se queden, como dice el vulgo, *en ayunas*, con permiso de Perreau, de Boileau, de Dryden y de todos los traductores de esas sátiras, incluso el mismo señor Vigil, nos tomaremos el permiso de verter en romance el pensamiento del inmortal hijo de Volterra ó de Liguria, que eso va en opiniones, y cada uno aceptará la que mejor le parezca:

No hay cosa como pasar
 Por donde haya dos ó tres
 Que al mirarnos, sin hablar
 Nos comiencen á apuntar
 Diciendo todos: ¡ese es!

Verso que si no se puede calificar como una traducción clásica y digna del original, en cambio puede cantarse cómodamente con la música del *Palomo*, del *Aforrado*, del *Atole* ó de cualquiera otra de esas canciones populares que constituyen la delicia de la *Musa callejera* de Guillermo Prieto, y que van, como las ondas que forma el agua al caer una piedra, alejándose de nuestras actuales costumbres más y más cada día.

Antes de hablar del santo de hoy, ó de nuestro José María muy amado, como le escribe Fidel, harémos una pequeña digresion, siquiera para dar resuello á nuestro protagonista, á fin de que pueda serenarse y continuar la lectura de sus glorias literarias.

De estas glorias puede decirse lo que el rey Clovis dijo de San Martin de Tours, con ocasion de un milagro que le hizo y por el que tuvo que dar una gruesa limosna (haremos en latin la cita porque se trata del traductor de Persio): *Verè Beatus Martinus est bonus in auxilio, sed carus in negotio*, lo que Sancho Panza interpretó, diciendo: «si buena ínsula me dan, buenos azotes me cuesta.»

Redúcese la digresion á decir que algunos malandrines, acostumbrados al estilo y trato con que muchos de nues-

tros diarios se ocupan de los hombres públicos de México, extrañarán que con sedoso guante, más que con acerada manopla, acariciemos á todos nuestros escogidos.

Esto tiene varias explicaciones, y sea la primera, que blando cojin de pluma aparece siempre el macizo canto que da en la frente del prójimo, y que, la dicha nuestra dulzura, aunque por tal la tenga el espectador, quizá parecerá áspero cardo, al rotundo Justo Sierra, al redondeado Malanco, al rápido Joaquinito Alcalde, al mesurado Aguilar y Marocho, al impasible Manuel Payno, al impetuoso Juan Mateos, al arrebatado Guillermo Prieto y á tantos que, como diria Dublan, han salido ó saldrán por tercería de dominio, á danzar en estas fantásticas procesiones:

Al dulce lamentar de dos pastores.

Además, y á pesar de que Cero ha tenido la fortuna de nacer en este país, del que, siguiendo un estilo conocido, podemos decir que fué la cuna de Juan Diego, el último reposo de Pane, el teatro de las hazañas de D. Matías Romero, el espejo de las glorias de Escoto y el palenque de Bermúdez (el del *Siglo*), no es posible que pretenda seguir esa costumbre desgraciadamente adoptada por muchos periodistas, de manchar la reputacion de todos los hombres, deprimir todas nuestras glorias y hacernos aparecer ante el mundo civilizado como un pueblo de bárbaros y de ladrones en el cual no se encuentre

ni un hombre limpio para gobernante, ni honrado para banquero, ni inteligente para literato, ni hay una sola accion que sea digna de alabanza.

Con esto se corrompe al pueblo y se alienta la osadía del extranjero. Referiré, á propósito de esto, un hecho histórico.

Hace tres ó cuatro años, un periódico de Paris, al ocuparse de México y de sus cosas, nos vino poniendo, como decian nuestros mayores, *como Dios puso al perico, verde y en una estaca*.

Subiósele el patriotismo á la cabeza á un diario de esta capital, y contestó furioso al citado artículo, colocando á México en el lugar debido. Terció entónces en la contienda un periódico francés, que se publicaba en la República, haciendo poco más ó menos este razonamiento: « En mi país no se conoce á México más que por sus periódicos. Y ¿qué culpa se tienen los escritores de allá de haberse formado tan mala idea de la tierra de Moctezuma, cuando constantemente leen en las obras de los mismos mexicanos, que todos los días hay cuarenta robos en la capital y doscientos en los caminos; que no se conoce la policía; que todos los presidentes son unos tiranos y unos imbéciles; que el ministro que no es ladrón es inepto; que el soldado que no es traidor, es cobarde; que el escritor que no es ignorante es plagiario, y que hasta la vida privada anda por esos mundos de Dios, mal traída y peor llevada en los papeles públicos?»

Pues, y no le faltó al sugeto más que agregar, como en la antigua cancion popular del *trágala, trágala*:

Tú lo quisiste, fraile mostén,
tú lo quisiste, tú te lo tén;

aunque el autor del verso sea Fray Gerundio.

Mas es ya tiempo de que volvamos á ocuparnos de D. José María Vigil.

Los versos de Pepe muy amado, son verdaderamente un trabajo chino; no hay palabra que no se use en su verdadera acepcion; los acentos, como los abonados del teatro, llegan siempre á su propio lugar; las sílabas están medidas con micrómetro, y las reglas tan bien y escrupulosamente observadas como quisiéramos que se observaran las leyes de Reforma en algun Estado.

Pero. . . ese *pero* me asesina; pero le falta empuje, le falta entusiasmo, le falta inspiracion. Vigil, como literato, es notable; como poeta no lo es mucho; le sobra erudicion, le falta fuego.

Dice un antiguo verso, muy conocido de todos:

Bello plan, bien combinado;
Mas ¿de qué sirve el talento
Cuando falta el ardimiento
En el pecho del soldado?

Quizá sea esto debido al carácter tranquilo de Vigil; las pasiones exaltadas que hacen al poeta, y que no escasean en los hijos de Jalisco, no se libran sin duda esos

combates homéricos, de que hablan los novelistas, en el alma de nuestro amado José María.

Si empuñara la lira de Virgilio ó de Fray Luis de Leon; si se dedicara á la descripcion de los apacibles goces de la vida del campo ó de la Biblioteca, que no deja de ser sosegada, Vigil haria obras notables. Las luchas del drama, y el *desordenado tropel de las odas quintanescas* (como dijo Menendez Pelayo), son para él como la fruta del cercado ajeno de Garcilaso, más sabrosas sin duda, pero ménos fáciles de alcanzar.

Y esto no es un reproche, es la herencia de la naturaleza humana. Neron anhelaba la gloria del canto; César envidiaba la de las letras, y el príncipe de los oradores romanos se desvivía por ser poeta, y salió en el *Fortunata nata*, como si dijéramos con un *domingo siete*.

Con el desórden que me es característico, me ocurre aquí hablar de las estatuas y bustos que varios artistas están haciendo para la Biblioteca de San Agustin.

La ejecucion nos ha dejado verdaderamente complacidos y honra á los escultores mexicanos.

Las estatuas representan al Dante, á Valmiki, á Isaías, á Orígenes, á Confucio, á Alarcon, y los bustos á Carpio, á Navarrete, á Alzate, á Gorostiza y á otros esclarecidos compatriotas.

Las estatuas quedarán en el interior de la biblioteca, y los bustos en el atrio, sobre las columnas del enverjado.

Una de estas tardes, á eso de las dos, con el deseo de

ver los trabajos de los escultores, fuíme entrando pausadamente hasta el taller; y como no hice ruido, siguió una alegre conversacion que se escuchaba en el interior. Creí que serian los trabajadores; pero cuál fué mi sorpresa al descubrir que las estatuas, unas formadas y otras en formacion, sostenian la más íntima y deleitosa plática. Zumbaban al bueno de Alarcon con motivo de que todos sus paisanos se la iban á pasar al aire libre, como Simeon el Stilita, miétras los sabios de lejanas tierras vivirian muchos años al abrigo de las majestuosas bóvedas de aquel templo de la ciencia.

— Buen frio se van á chupar, Don Juan, vuestros paisanos, decia Orígenes, trepados como unos pájaros encima de la reja.

— Y nada digo de los aguaceros, agregó pausadamente Confucio, en medio de muchos chin-chan-chaus chinchous, porque le cuesta buen trabajo hablar el español.

— Van á quedar como el segundo avatar de Vischnou, convertidos en pescados, exclamó Valmiki.

— Y eso sin contar con las pedradas de los chicos que ni á mí me respetaron en Florencia, interrumpió Dante.

— Y allí se estarán, dijo Isaías, hasta que las llamas salgan de las entrañas de la tierra á consumir esta ciudad malvada.

— Y á usted, ¿quién le mete? interrumpió Don Juan Ruiz de Alarcon, no pudiendo soportar tanta chifleta; estará usted viendo visiones como las vió sobre Judá y Je-

rusalem, en los dias de Uzzias y Jothan y Achas y Ezequías; ¡ profeta de malas nuevas! y el Don Orígenes, que mejor fuera que le reemplazaran San Agustín ó San Basilio ó San Juan Boca-de-oro, Crisóstomo, como le decían los griegos; y despues el Confucio, tan feo, á quien se le puede decir lo que á mi Don Juan Fernandez, de quien me alegro que la fama no haga mencion:

Tanto de corcova atrás
Y adelante, Alarcon, tienes,
Que saber es por demás
De dónde te corcovienes
O adónde te corco-vas.

¿Qué nos importa que descienda usted de Ti-Ye, vigésimosétimo emperador de la segunda raza de su tierra, ni que haya usted sido empleado en el reino de Lú, acaso de oficial quinto en la seccion de rezagos, ni que haya usted hecho la oposicion al rey Xi? Todas estas serán mentiras de los cronicones de su celeste imperio, adulteradas por el tiempo, pues ya vemos que en esta tierra, sólo de la calle de Plateros á la Plaza se cuentan tantos absurdos y los creen en el Portal de Mercaderes, ¿qué sucederá con los anales de ustedes? Y luego ese Valmiki: qué ¿se habrá figurado, que aquí le vamos á hacer caso y á creerle que se robaron á Cita, y que se la tuvo el amante un año, y que la fué á reconquistar el marido con un ejército de monos, y que allí se la encontró, como decia D. Quijote, tan doncella como la madre que la parió, aunque despues armó pleito con ella?

Y el italiano, ¿de qué le viene haciendo burla á mis paisanos, cuando allá andaban los suyos *pelando* el Coliseo y las Termas para hacer sus casitas; hasta que dijo el pueblo: «que lo que no hicieron los bárbaros lo hicieron los Barberini?» Despues de todo, tienen ustedes razon, porque mis pobres paisanos se la van á chupar al sol y al agua como los anacoretas; pero bien me acuerdo de que en un viaje que hizo mi espíritu á Querétaro, vió pintado en un meson de por San Francisco Sotomayor, á una América muy grande dándole el pecho á unos niñitos vestidos de marineros ingleses, y cerca de ella, llorando y desnudos, otros niños, indios, y abajo este verso:

¡Ay, pobre patria! hasta cuándo
Han de ver los extranjeros,
A tus hijos siempre en cueros
Y á los ingleses mamando?

Cayó el buen D. Juan, yo me eclipsé, para terminar con el apreciable Vigil.

Cuando este señor escribia el «Boletín» del *Monitor*, eran cosa de ver aquellos sumarios; ¿han leído ustedes algunos de ellos? . . . ¿No? pues ahí va una muestra para concluir.

LA SITUACION.—EL PRESIDENTE.—PELIGROS.—RUMORES.—MARCHA PROBABLE DEL NEGOCIO DE GUATEMALA.—¿POR QUÉ?—LOS USUREROS Y LAS LEYES DE REFORMA.—EL FERROCARRIL SULLIVAN.—¿CUÁNDO?—OPINION DE TICHO BRAHE.—VOLTAIRE Y SU SIGLO.—¿CÓMO!—ESPERANZAS.—LA BIBLIOTECA DE SAN AGUSTIN.—EXTRAÑA ELECCION DE PERSONAJES.—MAÑANA.—YA.—¡OH!—¿QUÉ?